



**El valor del testimonio y el testimonio del valor:
La pasión según Trelew de Tomás Eloy Martínez**

Juan Pablo Neyret
The Pennsylvania State University

Entonces tengo que escribir. Uno de todos nosotros tiene que escribir, si es que todo esto va a ser contado.

—Julio Cortázar, “Las babas del diablo” 67

No sé en qué punto del relato estoy. Creo que en el medio. Sigo desde hace mucho en el medio. Ahora tengo que escribir otra vez.

—Tomás Eloy Martínez, *Santa Evita* 391

In memoriam TEM (1934-2010).

La Patagonia es la vasta región del país a la que la Argentina antes, durante y después del exterminio y confinamiento de sus habitantes originarios durante la eufemísticamente llamada “Campaña del Desierto” llevada adelante por el ejército hacia 1880, históricamente vivió de espaldas. Los primeros asentamientos de colonos ocurrieron pasada la mitad del siglo XIX y fueron realizados por la comunidad galesa. Uno de los miembros de esta corriente inmigratoria europea, que la misma Constitución de la Nación había promovido en 1853, era Lewis Jones, quien en 1865 fue el promotor de la construcción de la vía de ferrocarril que sería por largo tiempo la única comunicación para la zona patagónica del Valle, que acaba recostándose sobre el Océano Atlántico. Del vocablo gaélico “Tre-” (pueblo) y de “-lew”, apócope del nombre de pila de Jones, proviene la denominación de la ciudad de Trelew, una de cuyas tantas, quizá demasiadas peculiaridades, es que, aun reconocida actualmente en todo el país como una de las principales de la provincia de Chubut, no posee fecha ni acta concreta de fundación. Su existencia “oficial” ocurre en 1903, cuando se crea el “Municipio de la ciudad de Trelew” pero siempre dentro del Departamento de Rawson, la capital provincial. Quizá desde entonces quedara signado, sin que Lewis Jones pudiera jamás intuirlo, que, como en una metonimia, la historia contemporánea argentina y latinoamericana hable de “los Presos de Rawson” y “la Masacre de Trelew” desde el ominoso 22 de agosto de 1972.

Tomás Eloy Martínez, uno de los mejores y más grandes periodistas y escritores no sólo de Latinoamérica sino a nivel mundial —sus obras más reconocidas, *La novela de Perón* y *Santa Evita*, fueron traducidas a más de treinta idiomas y editadas en más de sesenta países—,

había nacido en el Norte argentino, en la ciudad de San Miguel de Tucumán, precisamente en la que se declaró la Independencia nacional, el 16 de julio de 1934. Su carrera periodística se inició en *La Gaveta*, el periódico emblemático tucumano, cuando era un adolescente y en el que lo esperaba un destino del que renegó, dado que su familia estaba llamada por aquel entonces, a principios de la década de 1950, a recibir el paquete accionario de ese medio gráfico. Literalmente, Martínez huyó de Tucumán a Buenos Aires para emplearse en 1957 como crítico de cine en el diario porteño *La Nación*. Joven poseedor de una vasta cultura, Licenciado en Letras Españolas por la Universidad Nacional de su ciudad natal, su estética y su ética lo llevaban una y otra vez a chocar con la empresa por no avenirse a la complacencia con los filmes llegados de Hollywood, cuyos anuncios eran los que enriquecían la pauta publicitaria de la sección Espectáculos. Las críticas de Martínez enfatizaban su preferencia por, y su fidelidad al, cine europeo, en ese entonces con una enorme repercusión en el ambiente intelectual de la Argentina. No fue suficiente para que la economía política del medio, tras presionarlo una y otra vez para que cambiara su óptica y escribiera lo que la empresa pretendía imponerle, lo viera rebelarse una vez más, hasta irse del diario en 1961 no sin una tajante frase que marcaría el norte de su profesión, como se lo diría en una entrevista de diciembre de 2008 a *La Gaveta* y cuando ya desde 1996 había vuelto a ser columnista de *La Nación*: “Mi trabajo está en venta, mi firma no” (Dessein y Dessein “Mi trabajo” 1).

La década de 1960 fue la del auge del llamado “New Journalism” en los Estados Unidos y su influencia se extendió por el resto del continente. En su libro canónico de 1973, titulado precisamente *El nuevo periodismo*, Tom Wolfe —uno de los adalides de dicha corriente junto con otros periodistas y escritores como Norman Mailer o Gay Talese— define de este modo el “asalto” que había llevado a la cúspide a los cronistas:

(...) había algo “nuevo” en periodismo. Lo que me interesó fue no sólo el descubrimiento de que se podían escribir artículos muy fieles a la realidad empleando técnicas habitualmente propias de la novela y el cuento. Era eso... y más. Era el descubrimiento de que en un artículo, en periodismo, se podía recurrir a cualquier artificio literario, desde los tradicionales dialoguismos del ensayo hasta el monólogo interior y emplear muchos géneros diferentes simultáneamente, o dentro de un espacio relativamente breve... para provocar al lector de forma a la vez intelectual y emotiva. (pág. 26).

Como suele ocurrir, al Sur del Río Grande estas formas ya habían comenzado a desarrollarse. Martínez mismo da cuenta de ello en su “Defensa de la utopía”:

...el 1 de enero de 1953, un joven periodista colombiano desembarcó en Maiquetía, el aeropuerto de Caracas, después de tres años de escribir en Roma sobre los ataques de hipo de Pío XII y de terminar los originales de su segunda novela en el invierno implacable de París. (...) En la mitología que cada quien crea para su uso personal, ése ha sido para mí el instante en que nació en América Latina lo que se conocería después como “nuevo periodismo” o “periodismo literario”, y el punto de partida del moderno periodismo cultural. (...) El joven colombiano se llamaba, como tal vez ustedes ya lo han adivinado, Gabriel García Márquez. (...) Las grandes crónicas de aquellos años fundacionales nacieron al amparo de una realidad que se iba creando a medida que se escribía. Estaba a punto de secarse el dique de La Mariposa, y en vez de decirlo así, con

esas palabras de álgebra, García Márquez inventaba a un personaje que para poder afeitarse en la ciudad sin agua se mojaba la cara con jugo de duraznos. (pág. 1).

Las referencias no son ociosas. En 1962, el empresario periodístico Jacobo Timerman lanza en Buenos Aires la revista *Primera Plana*. En declaraciones a Fernando J. Ruiz, Tomás Eloy Martínez, a la sazón su jefe de Redacción, explica de este modo la incidencia de dicho medio en la Argentina: “Es la destrucción del llamado periodismo objetivo. Se cuenta la noticia como un relato en el cual la voz autoral requiere un enorme esfuerzo. Y el lid de la información no va a estar dado por el hecho central sino por el modo de narrarlo” (Ruiz 26). *Primera Plana* fue clausurada por la dictadura militar instaurada en 1966 por el general Juan Carlos Onganía. En su libro *Paren las rotativas*, Carlos Ulanovsky lo relata así: “El acta que certificó la requisita de la edición 345 de *Primera Plana* y el cierre de la empresa que dejaba en la calle a 150 personas se escribió con una máquina Olivetti de la propia redacción. Era 1969, había estado de sitio y la Justicia acusaba al medio de ‘estimular el caos’” (Ulanovsky 194).

Martínez dejó el país para realizar su Master literario en París, donde fue corresponsal de la editorial Abril. Entre 1972 y su exilio iniciado el 7 de mayo de 1975 ante las amenazas de muerte de la agrupación parapolicial autodenominada Alianza Anticomunista Argentina, conocida popularmente como “Triple A”, participó a la vez en la segunda gran empresa periodística de Timerman, el diario *La Opinión*, del que fue titular de la sección Espectáculos. Antes, inmediatamente luego de su regreso a Buenos Aires, dirigió una publicación que, junto con la precedente *Primera Plana* y luego *La Opinión*, conformaron la tríada de medios argentinos que cobijaron el Nuevo Periodismo: el semanario *Panorama*. Una nueva partida imprevista lo esperaba allí, en la propia revista de la que era Director, cuando en el número 278, correspondiente a la semana del 23 al 29 de agosto de 1972 y del cual fue responsable único del cierre, decidió lanzar a la calle en contra de la censura oficial, en este caso la de la dictadura del general Alejandro Agustín Lanusse, el primer testimonio público sobre la Masacre de Trelew. Al día siguiente fue despedido y al número siguiente, desmentida su cobertura. Nunca se daría por vencido, como tampoco lo hizo hasta el último día de su vida, el 31 de enero de 2010 por la noche, en domingo y a la hora de cierre de los periódicos. Sin duda casi tres décadas atrás, en la misma noche en que asumió la responsabilidad de desdeñar los comunicados oficiales de la dictadura —que el resto de los medios siguieron obedientemente— y por ende hacer partícipe a la opinión pública de la verdadera historia acerca de la masacre, ésa que le valió el despido de *Panorama*, había comenzado a gestarse la idea de su libro testimonial *La pasión según Trelew*, cuya primera edición vio la luz en 1973.

Contexto histórico-político

Si la historia la escriben los que ganan,
eso quiere decir que hay otra historia:
la verdadera historia,
quien quiera oír, que oiga.
—Litto Nebbia, “Quien quiera oír, que oiga”

Para entender los hechos de Trelew, resulta indispensable una contextualización histórico-política del arco temporal que abarca desde el 16 de septiembre de 1955, cuando el segundo gobierno constitucional de Juan Domingo Perón es derrocado por un golpe militar y su Partido Justicialista, proscrito, hasta 1973, en que se anula esta proscripción y, nuevamente en elecciones libres, el líder asume su tercer mandato. Este período de dieciocho años es el que se conoce como la Resistencia.

En función de explicar este fenómeno que resulta a todas luces particular en la historia argentina y latinoamericana, consideramos el mejor análisis el que realiza la socióloga Maristella Svampa, quien acuña el concepto de “apropiación autorreferencial de la barbarie” (345) en su libro *El dilema argentino: Civilización o barbarie*. Esta reivindicación del término demonizado por Domingo Faustino Sarmiento en la dicotomía que instituyó en 1845 en su fundacional *Facundo* se inicia en la Argentina en la década de 1930 con el llamado Revisionismo Histórico, corriente que invierte los cánones de la historia liberal y reivindica ante todo la figura de Juan Manuel de Rosas, el Gobernador de la Provincia de Buenos Aires entre 1829 y 1852, cuando también es derrocado, y cuya figura ha sido homologada una y otra vez con la de Perón.

El Revisionismo a la vez posee una fuerte influencia en el surgimiento, en 1943, del propio peronismo, que, siempre según Svampa, en el primer momento de su discurso constituye al “bárbaro” como “pueblo” (285). Tras el derrocamiento de Perón en 1955 se produce en la Argentina un fenómeno que une dos polos hasta entonces separados: la izquierda y el nacionalismo, que convergieron durante las décadas de 1950 y 1960 en la que se llamó “izquierda nacionalista”, a la vez ligada con la Resistencia, Svampa lo resume muy claramente:

...el paso más novedoso fue el realizado desde la izquierda peronista. Fue ésta precisamente la que insistió no solamente en considerar al peronismo como un avatar más dentro del movimiento histórico de aquella Barbarie denostada, devenida Pueblo Peronista, en busca de su liberación. En momentos de aguda lucha política, reactualizó la lógica fatalista que se encontraba inscripta en tres registros que confluían en dicha visión: en la ideología marxista, que predecía en nombre de las leyes de la historia la victoria final del proletariado; en la lectura revisionista-peronista, que veía en el adversario oligárquico un “obstáculo” que interfería en la marcha inevitable del pueblo hacia su realización; y por último, en el discurso peronista, que a través de nuevas dicotomías postulaba una lógica de exclusión del Otro. (págs. 360-361).

Especialmente a partir de la década del 60, desde luego con la poderosa influencia de la Revolución cubana de 1959 y en concordancia con otros movimientos insurgentes en

América Latina, la izquierda nacionalista y la Resistencia se inclinan hacia la lucha armada como vía de acceso al poder en pos de construir una patria socialista. Las agrupaciones guerrilleras argentinas florecen y dos de ellas son las que se convierten en las principales: Montoneros, inscrita dentro de la rama de la Juventud Peronista, de tendencia nacional y popular y consagrada a la guerrilla urbana, y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), de tendencia maoísta-guevarista-internacionalista y dedicada ante todo a la guerrilla rural por vía del foquismo. Mientras los Montoneros reivindicaban a Perón, el ERP se oponía acérrimamente a él. Sin embargo, en uno de los conatos de unión que existieron entre ambas fuerzas, Rawson/Trelew son quizá el mejor ejemplo.

Dos hechos clave marcan los antecedentes directos de Trelew, ambos deliberadamente ocurridos sendos 29 de mayo, cuando se celebra en la Argentina el Día del Ejército. En 1969 una movilización gremial sale masivamente a las calles a enfrentarse con las fuerzas militares y policiales en la ciudad de Córdoba, en el acontecimiento que por ello se conoce como “Cordobazo” y constituye el comienzo de la caída de la dictadura del general Juan Carlos Onganía, iniciada tres años atrás. El 29 de mayo de 1970 los Montoneros secuestran de su domicilio al general Pedro Eugenio Aramburu, mentor del derrocamiento de Perón en el 55. El ex dictador es trasladado a Timote, una localidad de la Provincia de Buenos Aires, donde es sometido a juicio sumario por la agrupación, hallado culpable y ejecutado el 1 de junio. Ello a su vez constituye el tiro de gracia para el ongiato. Sin embargo, la dictadura instituida en 1966 bajo el siempre eufemístico nombre de “Revolución Libertadora” continúa, con un breve período a cargo del general Roberto Marcelo Levingston, quien es a su vez destituido por el general Alejandro Agustín Lanusse, el mismo que terminaría levantando la proscripción del Justicialismo hasta el regreso al poder de éste en el 73. Los hechos de Trelew —que, según se verá, no se limitan a la Masacre— y la información que Tomás Eloy Martínez provee sobre ellos inicialmente en *Panorama* ocurren, en efecto, bajo un gobierno dictatorial. La Constitución de la Nación Argentina, violada por las sucesivas dictaduras, ya desde 1853 y en sus diversas reformas establece claramente en su Capítulo Primero “Declaraciones, Derechos y Garantías”, artículo 22: “El pueblo no delibera ni gobierna, sino por medio de sus representantes y autoridades creadas por esta Constitución. Toda fuerza armada o reunión de personas que se atribuya los derechos del pueblo y peticione a nombre de éste, *comete delito de sedición*” (19; la cursiva es del autor).

El artículo 22 resulta clave en tanto las agrupaciones guerrilleras reivindican su accionar en función de combatir a los militares sediciosos que instauraron las dictaduras. Nuevamente Fernando J. Ruiz, en su libro consagrado al diario *La Opinión*, deja en claro que sobre todo desde principios de los 70 la guerrilla tuvo un apoyo masivo en la Argentina:

El argumento central radicaba en que la violencia guerrillera estaba causada por los errores de un régimen autoritario que se perpetuaba y que ejercía un alto nivel de violencia. Con este argumento, el diario recogía otra vez una idea que formaba parte del sentido común político de amplios sectores: en primer lugar, Perón explicaba la guerrilla como un síntoma de la crisis política y no como una causa; pero también importantes personajes, como el influyente ex presidente Frondizi y uno de los máximos dirigentes del radicalismo, Raúl Alfonsín, decían públicamente lo mismo. Así, en las tres fuerzas políticas más importantes de los últimos años, esa explicación legitimadora de la guerrilla fue ganando importantes adeptos. Excepto la corriente liberal-conservadora, ninguna otra se opuso frontalmente al surgimiento de la violencia política de izquierda. Los

intelectuales aceptaban sin crítica el método de la violencia y *las mediciones de opinión pública reflejaban un consenso similar*. (págs. 86-87; la cursiva es del autor).

Demasiado real

La única verdad es la realidad.
—Juan Domingo Perón
(sentencia apropiada de
Aristóteles)

En el mejor libro, y el único comprehensivo que se ha editado acerca de la obra de nuestro autor, *Demasiado real: los excesos de la historia en la escritura de Tomás Eloy Martínez (1973-1995)*, la crítica argentina, radicada en los Estados Unidos, María Griselda Zuffi, ha definido incontrastablemente su prosa:

(...) Si tuviera que arriesgar una definición a la escritura de Martínez diría que es *pos/testimonial*. Está dentro de la hibridación postmoderna sin querer renunciar del todo o esquivar, después de todo, el cuerpo testimonial e histórico que son la dinámica sustancial de su trabajo. Debo acotar que el signo “pos”, además de levantar polémicas, al relacionarlo con el testimonio de los sesenta puede parecer incluso un error de interpretación. La cristalización del “testimonio” surge a fines de los sesenta y forma parte de la revisión de la modernidad. “Pos” no indica *contra* o *después* en esta relación sino una revisión del género que me permite encuadrar con más precisión la narrativa de Martínez, distanciándola de una problemática colectiva de alto contenido ético y político inherente al testimonio. (Zuffi 19).

Antes, la misma Zuffi había aportado otra clave para entender *La pasión según Trelew*: “El punto de partida de mi trabajo está planteado en el umbral de los sesenta/setenta, dentro de un contexto político cada vez más violento y donde *la práctica literaria funcionaba al lado de la militancia política*”. (19; la cursiva es del autor).

De la mano de Zuffi destaco, interpreto y me atrevo a ir más allá partiendo de cuando se refiere a “la obra narrativa”. Postulo que, sea en el plano del testimonio, la crónica, la novela, el ensayo, la crítica y hasta en sus intervenciones orales (discursos, entrevistas inclusive) Martínez siempre narra, es decir, cuenta. Su impulso análogo al del “hablador” de su amigo Mario Vargas Llosa le es del todo inherente, y por ello sostengo que toda su producción es narrativa, en lo que el término conlleva tanto de sustantivo como de adjetivo, de proceso incesante que refleja como casi ninguna la que su asimismo amigo García Márquez llamó “la bendita manía de contar”. El testimonio de Martínez deriva, como legatario directo, del iniciado en 1957 con *Operación masacre* —la obra que realmente inaugura la llamada no-ficción en todo el continente americano— de su colega Rodolfo Walsh. En la citada novela, Walsh —cuyo cuerpo continúa formando parte de la lista de desaparecidos en la Argentina tras su secuestro y asesinato el 25 de marzo de 1977— incluye en su propio testimonio esta frase que refiere a un superviviente de los fusilamientos ocurridos en el basurero de la localidad bonaerense de José León Suárez en 1956: “Livraga me cuenta su historia increíble. La creo en el acto” (Walsh 11). Perfectamente Zuffi, en su propio análisis de *La pasión según Trelew*, advierte: “Martínez no hace ficción del ‘testimonio’, podrá considerarse más o menos mediatizado pero no es ficción” (Zuffi 30). Esa mediatización que

la crítica le atribuye a la voz narrativa se liga ineludiblemente con la idea tanto de los medios en cuanto a los medios de prensa como, si nos remitimos a una de las citas que encabezan este artículo, a ese estar “en el medio” que define toda la producción de Martínez.

Así, sin habernos ido nunca de allí, regresamos a Trelew. Martínez nos informa en *La pasión según Trelew* que el martes, 15 de agosto de 1972, alrededor de treinta guerrilleros de los Montoneros, sus aliados de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y el ERP se habían fugado de la cárcel de Rawson y se dirigieron al aeropuerto de Trelew. Los seis que llegaron primero alcanzaron a abordar un avión inicialmente con destino a Buenos Aires y lo desviaron a Chile. Entre ellos se encontraba el máximo líder del ERP, Mario Roberto Santucho. El resto quedó atrincherado en el aeropuerto y cercado por las fuerzas de seguridad. Los guerrilleros se rindieron esa misma noche pero no fueron devueltos al penal de Rawson, sino trasladados a la base naval Almirante Zar de la misma Trelew. Antes, sin embargo, lograron convocar a una conferencia de prensa en la confitería del aeropuerto, en la que explicaron al mundo del periodismo los motivos de sus acciones. A la vez, las fuerzas de seguridad aprovecharon la circunstancia para hacer ostentación del supuesto buen trato a los prisioneros recapturados, con fotografías incluidas que los muestran en perfecto estado de salud y, algunos de ellos, incluso sonrientes.

El 22 de agosto, sin embargo, ocurre la masacre. Bajo la mascarada de un supuesto nuevo intento de fuga creada por la Marina, diecinueve presos son fusilados a sangre fría en la base Almirante Zar. Los comunicados oficiales, los mismos que desoyó Martínez cuando se hallaba al frente de *Panorama*, intentaron dar cuenta de una muerte en combate de guerrilleros aparentemente armados. Los hechos fueron en rigor una cacería en los pasillos y en las mismas celdas y las únicas armas existentes eran las de los militares. Dieciséis guerrilleros resultaron muertos pero otros tres, fingiendo haber quedado sin vida, lograron salvarla pese a las graves heridas.

En *La pasión según Trelew*, tanto en su edición de 1973 como en las reediciones de 1997 y 2009, Tomás Eloy Martínez no deja de tomar partido al presentarlos “*según la descripción de sus compañeros fugitivos en Chile*” (cursiva en el original) como los que serán los *dramatis personae* del testimonio. Apelando, pues, no a la ficción sino a la estetización que de ningún modo le resta al texto su impulso militante, luego de los prólogos, los guerrilleros son presentados con sus nombres completos, sus afiliaciones, sus edades y su actuación. Los dieciséis muertos son los “Personajes por orden de desaparición” (*La pasión* 25-29): Carlos Heriberto Astudillo (FAR, 28 años), Rubén Pedro Bonet (ERP, 30), Eduardo Adolfo Capello (ERP, 24), Mario Emilio Delfino (ERP, 29), Alberto Carlos del Rey (ERP, 26), Alfredo Elías Kohon (FAR, 27), Clara Rosa Lea Place (ERP, 24), Susana Lesgart (Montoneros, 22), José Ricardo Mena (ERP, 20), Miguel Ángel Polti (ERP, 21), Mariano Pujadas (Montoneros, 24), María Angélica Sabelli (FAR, 23), Ana María Villarreal de Santucho (ERP, 36), Humberto Segundo Suárez (ERP, 23), Humberto Adrián Toschi (ERP, 26) y Jorge Alejandro Ulla (ERP, 28). A ellos les siguen los tres sobrevivientes, “Personajes que reaparecieron” (31-32): María Antonia Berger (FAR, 30), Alberto Miguel Camps (FAR, 24) y Ricardo René Haidar (Montoneros, 28). La lista se completa con otras dieciséis personas que fueron detenidas en Trelew, Rawson y la ciudad de Puerto Madryn al amanecer del 11 de octubre, y a las que una movilización popular hizo liberar días más tarde de la cárcel porteña de Villa Devoto. La nómina, que incluye desde militantes hasta abogados y periodistas, es la de “Personajes en desorden de aparición” (33-37).

El testimonio de Martínez se arma como un rompecabezas y es un doble llamado a la memoria, puesto que no sólo da cuenta de la masacre sino también de otro suceso en el que el periodista y escritor participó personalmente entre el 18 y el 22 de octubre de ese mismo 1972. En su “prólogo puesto al día” de mayo 2009, dictado en Buenos Aires durante la etapa final del tumor que sufría desde tres años atrás y que le provocaría la muerte poco más de seis meses después, dice:

(...) Dos hechos mayores sucedieron en Trelew hace treinta y siete años. Uno de ellos se ha desvanecido casi de la historia: el alzamiento de la ciudad entera contra el poder militar y la instauración de una comuna que duró tres días, con su propio sistema de abastecimiento y sus líderes espontáneos. El otro episodio —la matanza de dieciséis guerrilleros en una base naval— ha sido evocado con frecuencia en crónicas y libros. Ambos me cambiaron la vida. (pág. 13).

En su último prólogo, Martínez narra las peripecias de su cobertura de la masacre en *Panorama* y el consecuente despido. Con una asombrosa mezcla de distancia irónica y a la vez de un compromiso aún más cabal con los hechos, añade:

(...) Desterrado a las listas negras del periodismo por difundir una información que era falsa sólo por orden oficial, tomé la decisión de ir a Trelew para averiguar si alguien sabía de veras lo que había pasado. Llegué la segunda semana de octubre, en medio de una de las rebeliones populares más encendidas y secretas de la historia argentina. Conté el episodio en un libro que apareció a fines de agosto de 1973 editado por Granica, y que alcanzó cinco ediciones antes de que, en noviembre, lo prohibiera un decreto municipal. Más de doscientos ejemplares fueron quemados tres años después en la plaza de un regimiento en Córdoba en compañía de libros escritos por Freud, Marx y Althusser, que ardían mucho mejor. (pág. 15).

Tras radicarse de regreso en Buenos Aires en 2007 luego de residir en los Estados Unidos desde 1995 como Profesor Distinguido y Escritor Residente en Rutgers, The State University of New Jersey, Tomás Eloy Martínez viajó, en agosto del mismo año de su retorno definitivo a la Argentina, a Trelew para dar testimonio ante el juez Hugo Sastre, responsable de la causa reabierto a mediados de 2005, “sobre la investigación de la que nació este libro” (*La pasión* 17). Su actuación como testigo, cuenta, renovó en él “la impresión de que la matanza, cuyos móviles y desarrollos me habían parecido tan claros en 1973, seguía dejando muchos enigmas abiertos” (17). En el mismo mayo de 2009, pudorosamente cual fue siempre su actitud respecto de su vida privada, cuenta por qué le había legado en 2008, tras la publicación de su última novela en vida, *Purgatorio*, el seguimiento del tema a su colega Susana Viau, responsable del epílogo “El regreso de los hechos” (235-283). Dice Martínez: “Las investigaciones del juez Hugo Sastre han avanzado tanto en el esclarecimiento de los hechos que las historias de este libro reclamaban una minuciosa puesta al día. Yo no podía hacerlo. Acababa de terminar una novela y me quedaban pocas fuerzas para adentrarme en otro relato sobre aquellos años” (19).

Aquellos años

Sólo una cosa no hay. Es el olvido.

—Jorge Luis Borges, “*Everness*”
365

La revista *Panorama* 278 (23 al 29 de agosto de 1972) muestra en su portada, sobre un fondo llamativamente amarillo con no menos llamativas letras de molde rojas, el título, que es complementado con una banda fotográfica horizontal, al centro, de cuatro de los guerrilleros que habían logrado escapar en el avión, tomada por Eduardo Nuñez tras ocho horas de guardia periodística frente al Cuartel de Investigaciones de Santiago de Chile. Arriba, siempre en una diagramación horizontal se lee en mayúsculas: “DESDE CHILE:” y abajo, con la misma tipografía pero en cuerpo mayor y a dos líneas “LOS FUGITIVOS / DE RAWSON”. En la página 11, consagrada a la nota editorial, inicialmente no deja de ser asimismo llamativo el encabezamiento que, al contrario de la tapa, reza: “Año X - Nº 278 – 24 al 30 de agosto de 1972”. Si se coteja el número anterior, el 277, las fechas de portada y de página 11 coinciden: “17 al 23 de agosto de 1972”. En el siguiente, la cronología sigue tanto en la tapa como en la página editorial del ejemplar en el que se da cuenta de la evasión: “Nº 279 – 31 de agosto al 6 de septiembre de 1972”.

No consideramos una errata la portada del ejemplar que nos ocupa, que superpone el 23 de agosto con el que se inicia, con el mismo día que concluye el del número anterior. Tomás Eloy Martínez, quien hasta el número 278 aparece en la página editorial, en este caso en una columna a la izquierda como “Director”, conocía perfectamente la obra de Jorge Luis Borges —quien asimismo, aunque en una faceta menos reconocida, fue periodista popular— y, dentro de ella, su relato “Pierre Menard, autor del Quijote”, en el que le atribuye al personaje “la técnica del anacronismo deliberado y de las atribuciones erróneas” (Borges 450). La tapa del histórico número 278 es la que responde al cierre a último momento, pero no por ello errático ni errado en su “anacronismo deliberado”, que le permitió a Martínez dar cuenta de la masacre, sostenemos, al llevar la fecha de inicio del ejemplar al día siguiente del de los fusilamientos.

El editorial se abre con un texto titulado escuetamente “Carta”, cuyo comienzo reza: “*El 15 de agosto, una de las cárceles consideradas inexpugnables por las fuerzas argentinas de seguridad se abrió como un colador: un grupo de 25 detenidos, miembros de organizaciones guerrilleras, ocupó el penal de Rawson, dominó luego el aeropuerto de Trelew y logró desviar hacia Chile un avión de la empresa Austral*” (11; cursiva en el original). Lo que sigue es la narración de la cobertura de *Panorama* en Chile y el testimonio del fotógrafo Nuñez, a la vez que abajo, en el habitual sumario, se anuncia como nota de tapa “*Informe especial. Desde Chile: Los fugitivos de Ramson*” (14/16) [11; cursiva en el original]. Las páginas 14 y 15, en efecto, contienen el informe del enviado especial de la Redacción, Jorge Lebedev, precedido por un texto nuevamente en cursiva, obviamente atribuible a Martínez, en el que se da cuenta de la fuga de los “guerrilleros” (sic) y la llegada a Chile, y encabezando ambas páginas, otras cuatro fotos de Nuñez.

La remisión del sumario a la página 16 no sólo alude al final de la cobertura de Lebedev sino que debajo de ella encontramos por fin, como un colofón que se torna, por vía de disimulo, un recuadro con el texto clave más allá de la portada, la página editorial y la

cobertura (textos y fotos) en Chile. No lleva firma. Desde luego fue escrito también por Martínez, contiene una foto de los guerrilleros en el aeropuerto y se titula “Trelew: la sangre de los argentinos”. Cabe destacar su comienzo y su final. El inicio: “El eco de las ráfagas de Trelew llegó a Buenos Aires en la mañana del martes 22, cuando el sol estaba alto. Tras el eco, la primera noticia breve, dramática: 13 de los 19 milicianos que estaban alojados en la base aeronaval de Trelew habían sido ejecutados por los infantes de marina y seis de ellos se debatían entre la vida y la muerte” (*Panorama* 278, 16). Los términos “sangre” —en el título—, “ráfagas” y “ejecutados” eximen de mayores comentarios.

La conclusión remite de una forma directa, militante, adherente al mencionado combate contra el “delito de sedición” de la dictadura. Dice allí Martínez desde un solo disimulado anonimato que reclama a gritos su identidad:

La aventura política que se inició el 28 de junio de 1966 tiene que llegar a su fin, porque la promesa de modernizar el país se transformó en amenaza de terminar con todos los argentinos que no interpreten el “estilo de vida” de determinados militares. Quizás el estilo de vida que proponen los milicianos no sea aceptado por las mayorías populares, pero esta presunta evidencia no autoriza a la ejecución en masa de detenidos por razones políticas e ideológicas. Puede decirse, por fin, que la sangre de los guerrilleros inundó el sombrío camino hacia las elecciones. (pág. 16).

Una vez más en el juego de ocultamiento/exposición que caracteriza al “periodismo literario” —y que he desarrollado en mi artículo “En el medio: la novela periodística en Hispanoamérica”, publicado en el número 41 de la revista electrónica de estudios literarios *Espéculo* de esta misma Universidad Complutense de Madrid— se hace presente. La palabra “sangre” responde directamente a una de las consignas/cánticos de la guerrilla: “La sangre derramada / no será negociada”. Pero Martínez nos reserva, en su permanente procedimiento de puesta en abismo, un nuevo y aún más contundente “disimulo”. En efecto, en el epígrafe de la fotografía del recuadro se lee en cursiva y negrita a la vez, debajo de la foto de los militantes en el aeropuerto de Trelew el 15 de febrero: “**Con fe o sin ella, de vuelta a la prisión, los 19 guerrilleros no pensaban en la masacre del martes 22**” (16). Es la primera mención, y por ende la institución, de la palabra “**masacre**”, que definiría y define por siempre los fusilamientos de Trelew.

También, de acuerdo con el análisis de Zuffi de *La pasión según Trelew*, se trata de la asunción por parte de Tomás Eloy Martínez de que “[l]a dicotomía verdad/mentira resulta el foco central del texto y se erige sobre una confrontación: ellos (milicos) frente a nosotros (pueblo), historia oficial (mentira)/historia del pueblo (verdad)” (*Demasiado real* 29). De hecho, en su testimonio Martínez no deja de citar la versión de ese “ellos” en el capítulo “Las versiones oficiales” (139-155), en este caso, la transcripta por el diario *La Prensa* el 23 de agosto de 1972:

Aproximadamente a las 3.30 del día de la fecha, en la guardia de prevención de la base aeronaval Trelew, lugar de detención de los 19 delincuentes subversivos evadidos del penal de Rawson y a disposición de la Cámara Federal en lo Penal, se produce el siguiente acontecimiento: al realizar el jefe de turno una recorrida de control en los alojamientos de los detenidos, mientras los mismos se encontraban en el pasillo, al llegar

a uno de los extremos es atacado por la espalda el detenido Mariano Pujadas, quien logra sustraerle la pistola ametralladora con la que iba armado.

Escudándose en el mismo intentan evadirse. El jefe de turno logra zafarse y es atacado a tiros resultando herido. En tal circunstancia, la guardia contesta el fuego contra los reclusos, que se abalanzan hacia la puerta de salida, encabezados por Pujadas.

Se inicia así un tiroteo en el cual resultan muertos (...) [*La pasión* 139]

El número siguiente de *Panorama*, el 279, presenta en su portada un ya evidente título, sobre fondo rojo con letras negras y sin imagen alguna, que preanuncia la connivencia del medio con “ellos”, al decir de Zuffi: “ELECCIONES: / LA VIGENCIA / DE LAS CONDICIONES / MILITARES”. En la página 11, la columna del staff es encabezada por un “Director Interino: Raúl Burzaco”, periodista económico que ni siquiera aparecía en el staff del número anterior. La revista, en este número y los siguientes, cambia ostensiblemente de línea editorial, al alinearse con el sector militar de la dictadura en lo político y notoriamente descomprometerse en otro de sus fuertes, el cultural, en el que poseía una influencia clave el Director despedido el mismo 24 de agosto del 72. Por supuesto, Martínez. Ello ocurrió por pedido explícito de un integrante de la Marina, el entonces capitán de navío Emilio Eduardo Massera, quien desde el 24 de marzo de 1976, ya ascendido a almirante, formaría parte de la junta militar que derrocó al gobierno de María Estela Martínez de Perón “Isabel”, y sería el responsable del más cruento campo de concentración de la dictadura 1976-1983, la Escuela Superior de Mecánica de la Armada (ESMA) de Buenos Aires. Actualmente, el ya ex comandante Massera se halla condenado judicialmente y preso por sus crímenes de lesa humanidad.

Más ostensible aún resulta la “Carta” de la página editorial del número 279 de *Panorama*, que se inicia con un asimismo eufemístico “[a]l término de una semana crítica (...)” e inmediatamente remite a una nota al pie. Ésta dice textualmente:

*(...) La revista **Panorama** siempre ha tratado de presentar en la forma más objetiva posible las informaciones que desea obtener el público inteligente y culto de nuestro país. También ha estado empeñada en la defensa de los intereses nacionales, y por eso siempre ha tratado de unir y nunca de dividir a los argentinos.*

*Consecuentes con estos principios, los editores de **Panorama** se manifiestan en desacuerdo con las apresuradas e inexactas apreciaciones contenidas en la nota: “Trelew, la sangre de los argentinos”, publicada en la edición Nº 278. Por lo mismo, resolvieron solicitar la renuncia al director de la revista, que se ha hecho efectiva en el curso de la última semana.*

***Panorama** mantiene así su acostumbrada conducta periodística, de acuerdo con sus principios a favor de la pacificación, del progreso y de la restauración de las instituciones republicanas en nuestro país. (pág. 11; cursiva en el original).*

El derecho al acceso a la información no es una prerrogativa de quien en este caso escribe en un medio sino que únicamente se complementa cuando existe una genuina comunicación, esto es, cuando la información es compartida por el periodista con la opinión pública. Para ello, sin embargo, el periodista en este caso está sujeto a una cadena jerárquica que no sólo involucra lo periodístico sino los intereses económicos y políticos de la empresa. Ello se complica aún más cuando estos intereses se ligan con los del gobierno, lo cual es hartamente conocido, pero la situación que afrontó Tomás Eloy Martínez en su carrera por informar acerca de la masacre de Trelew incluye un factor extra: el gobierno dictatorial que

impone una censura de forma más o menos explícita. A la supresión de los derechos y garantías constitucionales se suma la propia autocensura de los medios. De hecho, consta que excepto *Panorama*, el resto de los periódicos y revistas siguieron obedientemente el comunicado militar —citado aquí en el caso de *La Prensa*— y publicaron la versión del falso tiroteo como consecuencia del cuál supuestamente habían muerto los diecinueve guerrilleros.

Noam Chomsky y Edward S. Herman postulan agudamente en *Los guardianes de la libertad*, título en español de su libro *Manufacturing Consent* (1988), en sendas notas a pie de página, inicialmente que:

Las críticas neoconservadoras contra los medios de comunicación generalmente los describen como bastiones de ataques liberales contra el sistema. Ignoran que los medios de comunicación son grandes empresas controladas por individuos muy ricos o por otras empresas, y que los miembros de lo que los neoconservadores definen como “cultura liberal” de los medios de comunicación son empleados a sueldo. Asimismo hacen caso omiso del hecho de que los miembros de esta cultura liberal generalmente aceptan las premisas básicas del sistema y no están de acuerdo con otros miembros del sistema en las tácticas apropiadas para alcanzar los mismos objetivos. (Chomsky y Herman 12, nota 3).

No es éste el caso de Martínez en *Panorama*, aunque por oposición nuestro autor se acerca a las posiciones de los autores, que añaden acerca del subcontinente latinoamericano: “En el caso de América Latina, los medios de comunicación han sido obligados a evitar el recurso a la profesión académica para exponer opiniones aprobadas, ya que en este caso la profesión rechaza en gran parte el marco de la propaganda del Estado” (Chomsky y Herman 14, nota 6). Es decir, la misma que rechazó harto conscientemente Martínez en el ejemplar 278 de *Panorama*.

Martínez terminó paradójicamente aislado en tanto procedió a destacar equipos periodísticos de investigación, recurrió al doble chequeo de fuentes y cumplió con su función de Director cuando tomó la decisión final de lanzar el número a la calle, no otra cosa que lo que debiera hacer todo medio que propugne que la información genuina compartida con la opinión pública es la única ruta que le cabe al periodismo. Ni dejó de hacerlo tras su despido, cuando emprendió la investigación personal que lo llevó en octubre de 1972 a esa Trelew incógnita en estado de comuna tras la masacre, otra isla como había terminado siéndolo el propio Martínez y a la que éste, en un movimiento magistral de vocación periodística y voluntad personal, transformó en emblema al año siguiente y para siempre, aun más allá de su vida física, con el soporte del libro testimonial *La pasión según Trelew*. Como dice la terminología jurídica, a confesión de parte, relevo de pruebas: aun treinta y siete años más tarde y con una vasta obra publicada, eligió reeditar y ampliar precisamente este testimonio, convocar a una colega para la actualización de los hechos ante su imposibilidad física para hacerlo, sacar a la luz en este caso la edición de 2009 y dejar(nos) un final abierto.

Final abierto: Volver

Sentir
 que es un soplo la vida
 que veinte años no es nada
 que febril la mirada
 errante en las sombras
 te busca y te nombra.
 —“Volver”, Carlos Gardel/Alfredo Le
 Pera

En la última edición de *La pasión según Trelew*, por una parte, el epílogo de Susana Viau da cuenta detalladamente de los múltiples procesos que a los fusiladores de Trelew se les siguió a partir de 2005 y el estado de la causa hasta mayo de 2009. Ya en este punto el Tomás Eloy Martínez que se alineó en 1972 con el “nosotros” que puntualiza Zuffi al sumarse a la comuna de Trelew, que según sus palabras vuelve a Trelew “a mediados de febrero de 1973 a llenar algunos vacíos de la historia” para tratar el tema en su testimonio de 1973 —que, en sus palabras, comenzó a escribir “el 26 de mayo, entusiasmado por el espectáculo de una democracia naciente que parecía al abrigo de todo desgaste” (*La pasión* 23), vuelve nuevamente a Trelew en 2007 para prestar declaración como testigo y volver a publicar el libro en 2009.

El compromiso de Martínez en los 70 con la causa de los fusilados y sobrevivientes de Trelew había sido incluso mayor. Los abogados defensores de éstos eran el asesinado Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde, actual secretario de Derechos Humanos del Gobierno nacional argentino, ambos militantes del llamado Peronismo de Base, ligado con Montoneros. Ortega Peña y Duhalde lanzaron el 14 de junio de 1973 la revista *Militancia* y, de acuerdo con la biografía del primero escrita por Felipe Celesia y Pablo Waisberg, “[c]uando la revista era apenas un deseo, Ortega Peña recurrió a Tomás Eloy Martínez para que lo guiara en la aventura editorial (*La ley* 246) aunque el producto final no satisfizo en absoluto a Martínez, cuya mujer de entonces, Blanca “Pinky” Gonçalves, sin embargo, trabajó en ella como correctora. En una entrevista mantenida en 2002, Tomás Eloy Martínez se exployó sobre su vínculo:

Tenía una buena relación con Ortega Peña y Duhalde, que eran los directores de esa revista, y asistía a veces a algunos cursos de Historia Argentina que daban ellos en ese tiempo, porque me interesaba el revisionismo que hacían. (...) Sí recuerdo, con Ortega Peña y Duhalde, que presentaron *La Pasión según Trelew*, haber donado tal vez alguna guita para la revista, en momentos que ellos necesitaban para la imprenta. Yo recibí algún dinero de *La Pasión según Trelew*, y se lo di no para la revista sino con la condición de que fuera para los familiares de los presos políticos de Rawson, pagando los servicios legales que ellos estaban prestando. (Neyret “Novela” s/p).

Martínez identifica, entre los encausados, a los cuatro signados como los fusiladores: “De la junta de comandantes —o de quien sea—, la orden habría llegado de manera directa a las ametralladoras de [el capitán de corbeta Luis Emilio] Sosa y de sus cuatro verdugos ayudantes: el capitán Herrera, el teniente de corbeta Roberto Guillermo Bravo y el cabo [Carlos Amadeo] Marandino” (*La pasión* 238). En el epílogo de Viau a la última —por

ahora— edición, la periodista da cuenta de que “[l]a investigación iniciada tras los fusilamientos —o la parodia que dieron en llamar así— durmió un larguísimo sueño al amparo de la carátula ‘NN s/ Denuncia’” y añade que el juez Sastre “rectificó el rótulo anodino que ocultaba la tragedia y rebautizó el expediente. En adelante sería: ‘Luis Emilio Sosa, Guillermo Bravo y otros, presuntos autores de privación ilegítima de la libertad, torturas (diecinueve hechos), homicidio doblemente agravado (dieciséis hechos) y tres tentativas de homicidio’” (239). El epílogo de Viau, casi borgesianamente, finaliza, como se ha dicho, fechado en mayo de 2009, a su vez con un “Epílogo provisional” en el que se lee: “El ex teniente Roberto Bravo continúa prófugo. Al reabrirse la encuesta, Hugo Sastre libró un pedido de captura a Interpol. Su paradero, de todos modos, sigue siendo un misterio” (281).

Es, entonces, si se permite el ingreso de la primera persona autoral de este artículo, cuando, en plena elaboración del mismo, estalla en los diarios online del 25 de febrero de 2010 la noticia que nadie esperaba, o que todos esperábamos. El periódico de Buenos Aires *Clarín.com* lanza a las 7:15 AM, hora argentina, y amplía a las 14:50, como noticia de “Último Momento”, que “Detuvieron en Miami al único prófugo por la masacre de Trelew”. La noticia consigna en el primer párrafo de su actualización: “El ex teniente Roberto Bravo fue detenido hoy por la Justicia norteamericana en Miami, donde reside, acusado por la masacre de Trelew. Según confirmaron fuentes judiciales argentinas, con la detención se abre la posibilidad de acelerar la extradición para el juicio que se está llevando adelante contra otros cuatro procesados”. Tras un resumen de los hechos del 22 de febrero de 1972, la nota concluye: “El único prófugo en la causa, ahora detenido en Miami, reside desde hace más de 30 años en Estados Unidos. Allí era propietario de una empresa de insumos médicos, proveedora del gobierno norteamericano”. Viau, en su epílogo, había llegado a constatar la fuga de Bravo a los Estados Unidos y “parte de sus andanzas” (281), entre ellas que en 1981:

(...) pasó a retiro y se radicó en Miami, donde a principios de los 90 fundó, junto a su mujer, Ana María Giordano, RGB Group Inc., empresa dedicada a contratar médicos, paramédicos y odontólogos latinos para la atención de los miembros de US Air Force. Obtuvo dos jugosos contratos: firmó el primero hace más de una década, por un total de 27 millones de dólares. Su obligación era abastecer de dentistas a las bases aéreas de la Unión; en el segundo la exigencia fue de mayor rigor científico: reclutar expertos en genética molecular. (págs. 281-282)

La distancia espacial que media entre Highland Park, el vecindario residencial donde Tomás Eloy Martínez vivió en los Estados Unidos entre 1995 y 2007, y Miami es de 2.061,603 kilómetros (1.262,38 millas estadounidenses), según el sitio web <http://www.mapquest.com>, lo cual en el Este de los Estados Unidos es una cifra relativamente pequeña para la extensión del país y que demora en automóvil 20 horas de viaje. La distancia temporal que media entre la partida física de Tomás Eloy Martínez, ya en Buenos Aires, y la del encarcelamiento de Bravo, es de un mes y casi veintiséis días. Durante los doce años de residencia estadounidense de Martínez, nunca supieron —o al menos Martínez no lo supo— que se hallaban tan cerca.

En el “Prólogo de la tercera edición” de *Operación Masacre* Rodolfo Walsh escribe qué lo mueve a iniciar la investigación, cuando, aun habiendo sabido de los fusilamientos de 1956 en José León Suárez, deseaba desligarse del tema:

Seis meses más tarde, una noche asfixiante de verano, frente a un vaso de cerveza, un hombre me dice:

—Hay un fusilado que vive.

No sé qué es lo que consigue atraerme en esa historia difusa, lejana, erizada de improbabilidades. No sé por qué pido hablar con ese hombre, por qué estoy hablando con Juan Carlos Livraga. (pág. 11).

He dicho que en el medio de la escritura del presente texto —efectivamente: en el medio, una vez más— fue encarcelado el último ex militar prófugo por la Masacre de Trelew. Podría cometer, y cometeré entonces, la osadía de parafrasear a Walsh: “Hay un fusilador que vive”. Asimismo he señalado al pasar que la edición de 2009 de *La pasión según Trelew* es la última “hasta ahora”. La afirmación no es inocente, desde luego: poseo constancia personal de que Tomás Eloy Martínez dejó instrucciones explícitas y minuciosas respecto de la continuidad de su obra, que tanto implica la edición de la nueva novela que estaba escribiendo y logró concluir, *El Olimpo* —que refiere a la vez al Olimpo de los dioses de la Grecia antigua y al campo de concentración Olimpo, ubicado en el barrio de Floresta de la ciudad de Buenos Aires— como, aventuro en este caso, la continuidad de su pasión a través de la legataria Susana Viau.

A mediados de abril próximo comenzará el juicio contra los fusiladores Sosa, Herrera, Mandarino y el finalmente hallado Bravo, cuya extradición a la Argentina ya ha sido pedida por el juez Sastre a las autoridades estadounidenses. Como suele decirse, la historia continúa. Y el *In memoriam* que encabeza estas palabras dista absolutamente de ser un réquiem, sino que implica recoger asimismo la antorcha de la memoria de los mártires de Trelew que nos ha legado la propia memoria inmemorial de TEM.

Bibliografía y documentación

BORGES, Jorge Luis. “Everness”. En: *El otro, el mismo*. 1964. En: *Obras completas II: 1952-1972*. Buenos Aires: Emecé, 2002. P. 305.

_____. “Pierre Menard, autor del Quijote”. 1939. En: *Ficciones*. 1944. En: *Obras completas I: 1923-1949*. Buenos Aires: Emecé, 2002. P. 444-450.

CELESIA, Felipe y Pablo Waisberg. *La ley y las armas: Biografía de Rodolfo Ortega Peña*. Buenos Aires: Aguilar, 2007.

Constitución de la Nación Argentina 1994. Texto oficial de 1853 con las reformas de 1860, 1866, 1898, 1957 y 1994 ordenado por ley 24.430: Tratados Internacionales con Jerarquía Constitucional. Ed. Hebe Mabel Leonardi de Herbón. Buenos Aires: Eudeba, 2000. P. 41-83.

CORTÁZAR, Julio. “Las babas del diablo”. 1959. En: *Las armas secretas*. Madrid: Alfaguara, 1994. P. 67-84.

CHOMSKY, Noam y Edward S. Herman. *Los guardianes de la libertad: Propaganda, desinformación y consenso en los medios de comunicación de masas*. 1988. Trad. Carme Castells. Barcelona: Grijalbo Mondadori, 1990.

_____. *Manufacturing Consent: The Political Economy of the Mass Media*. New York: Pantheon, 1988.

“Detuvieron en Miami al único prófugo por la masacre de Trelew” [en línea]. 2010 [citado febrero 26, 2010]. *Clarín.com*. 25 feb. 2010. Disponible en Internet: <http://www.clarin.com/dario/2010/02/25/um/m.02147767.htm>.

GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. *La bendita manía de contar*. Ed. Ambrosio Fornet. San Antonio de los Baños, Escuela Internacional de Cine y Televisión; Madrid, Ollero & Ramos, 1998.

MARTÍNEZ, Tomás Eloy. “Defensa de la utopía” [en línea]. 1996 [citado abril 6, 2010]. Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano. Disponible en Internet: <http://www.fnpi.org/download/defensa.pdf>.

_____. *La novela de Perón*. 1985. Buenos Aires: Planeta, 1997.

_____. *La pasión según Trelew*. 1973. Buenos Aires: Alfaguara, 2009.

_____. Entrevista con Daniel Alberto Dessen y Daniel Dessen. “Mi trabajo está en venta, mi firma no”. *La Gaceta*. 21 de diciembre de 2008. 7:1-2.

_____. Entrevista con Juan Pablo Neyret. “Novela significa licencia para mentir” [en línea]. 2002 [citado abril 7, 2010]. Revista electrónica de estudios literarios *Espéculo* 22. Universidad Complutense de Madrid. Facultad de Ciencias de la Información. Disponible en Internet: http://www.ucm.es/info/especulo/numero22/t_elay.html.

_____. *Purgatorio*. Buenos Aires: Alfaguara, 2008.

_____. *Santa Evita*. 1995. Buenos Aires: Planeta, 2000.

NEYRET, Juan Pablo. “En el medio: La novela periodística en Hispanoamérica” [en línea]. 2009 [citado abril 7, 2010]. Revista electrónica de estudios literarios *Espéculo* 41. Universidad

Complutense de Madrid. Facultad de Ciencias de la Información. Disponible en Internet: <http://www.ucm.es/info/especulo/numero41/novperio.html>.

Panorama. 17 al 23 de agosto de 1972, año X, no. 277.

_____. 23 al 29 de agosto de 1972, año X, no. 278.

_____. 31 de agosto al 6 de septiembre de 1972, año X, no. 279.

RUIZ, Fernando J. *Las palabras son acciones: Historia política y profesional de La Opinión de Jacobo Timerman (1971-1977)*. Buenos Aires: Perfil, 2001.

SARMIENTO, Domingo F. *Facundo*. 1845. Ed. Norma Carricaburo y Luis Martínez Cuitiño. Buenos Aires: Losada, 2002.

SVAMPA, Maristella. *El dilema argentino: Civilización o barbarie*. 1994. Buenos Aires: Taurus, 2006.

ULANOVSKY, Carlos. *Para las rotativas: Una historia de grandes diarios, revistas y periodistas argentinos*. Buenos Aires: Espasa Calpe, 1997.

VARGAS LLOSA, Mario. *El hablador*. Barcelona: Seix Barral, 1987.

VIAU, Susana. "Epílogo: El regreso de los hechos". En: MARTÍNEZ, Tomás Eloy. *La pasión según Trelew*. Buenos Aires: Alfaguara, 2009. P. 233-283.

WALSH, Rodolfo. *Operación masacre. 1957-1972*. Buenos Aires: De la Flor, 1988.

WOLFE, Tom. *El nuevo periodismo*. 1973. Trad. José Luis Guarner. Barcelona: Anagrama, 2000.

ZUFFI, María Griselda. *Demasiado real: Los excesos de la historia en la escritura de Tomás Eloy Martínez (1973-1995)*. Buenos Aires: Corregidor, 2007.